

LA DISCIPLINA ESCOLAR.

1-Enfoques teóricos.

1.1-Enfoque conductista.

Los comportamientos de indisciplina se aprenden y se mantienen por la presencia de un refuerzo. El refuerzo puede ser: la atención del profesor/a, enviarlo fuera del aula para algunos es un premio, lograr cierto prestigio ante los compañeros.

El registro de las conductas de indisciplina es el punto clave de la intervención. El tratamiento habrá sido adecuado si existen claras diferencias entre las mediciones anteriores y posteriores, en cuanto a frecuencia e intensidad de la conducta disruptiva.

Es imprescindible identificar el refuerzo o refuerzos que mantienen la conducta.

La intervención comienza con la puesta en marcha de un programa de refuerzo: debemos conocer qué sirve como refuerzo al sujeto, el refuerzo debe estar relacionado con la conducta, los refuerzos deben ser variados, deben trabajar juntos la escuela y la familia.

Los profesores que usan la disciplina asertiva se caracterizan por: establecer reglas que especifican la conducta aceptable y la conducta inaceptable, vinculan esto con un sistema de recompensas y castigos, entregan de manera consistente las recompensas prometidas por la obediencia e imponen los castigos convenidos por la desobediencia.

1.2-Enfoque psicodinámico.

Los alumnos que no acatan las normas del grupo y que su integración social no es la adecuada buscan uno de los siguientes objetivos:

- Lograr la atención y la aceptación del adulto, bien a través de alabanzas o de reprimendas verbales o castigos. Cualquier método es bueno antes que ser ignorado. (El payaso, el desordenado, el tímido, el empollón...).
- Demostrar que tiene más poder que el adulto, retando al profesor, desafiándole frente al grupo. Su conducta es reforzada por el propio profesor cada vez que le reprende públicamente, le castiga o le expulsa, adquiriendo un prestigio de líder valiente y rebelde entre sus compañeros. Aquí estará el alumno desobediente, mentiroso, vago, los que hacen ruidos soeces, los que masean chicle en clase...).
- Buscar la venganza, hacer daño deliberadamente al profesor o los compañeros porque se sienten heridos o lastimados por alguna razón (se les ha puesto en ridículo, infravalorado, agredido...). En este caso es frecuente que actúen de forma violenta verbal o físicamente o bien recurran al robo de objetos o al vandalismo dentro de la escuela.
- Intentar demostrar cierta incapacidad real o imaginaria. Estos alumnos actúan de forma indolente, repiten incansablemente “yo no lo sé”, son pasivos, no parecen interesados en lo que sucede en el aula.

El profesor debe respetar tres principios básicos:

- Establecer unas relaciones adecuadas con sus alumnos basadas en el respeto mutuo.
- No hacer uso del castigo sino del método de las consecuencias.
- Descubrir las repercusiones que tiene su propio comportamiento sobre el alumno.

Las consecuencias son las repercusiones reales y objetivas que el profesor administra después de una acción inadecuada del alumno. Han de estar siempre relacionadas con la naturaleza del comportamiento, no han de ser excesivas ni mínimas, y el alumno debe conocerlas con anterioridad a su actuación. Carecen de las connotaciones negativas del castigo y, además de ser más eficaces, fomentan el desarrollo de la madurez personal del alumno. Cuando se usa el castigo el responsable último es el profesor que impone su autoridad, cuando se utiliza el método de las consecuencias es el alumno quien se castiga a sí mismo porque ya conoce lo que vendrá después de su comportamiento. Él decide entre lo que es mejor o peor.

El profesor, como educador, ha de guiar al alumno. Ha de ser amable pero firme.

1.3-Enfoque social.

Es importante etiquetar como disruptivos únicamente a los comportamientos y nunca a los alumnos.

Las normas escolares han de ser las mínimas pero claras. Estas se han de establecer a través del diálogo y la negociación con los alumnos.

1.4-Tendencias actuales.

Se da gran importancia a un nuevo concepto la convivencia. La convivencia es un hecho colectivo y no individual, por lo que todos los implicados deben reflexionar y llegar a acuerdos.

La construcción compartida de las normas, el reconocimiento de los derechos, el respeto mutuo instituyen un clima positivo en el aula. El planteamiento deja de ser terapéutico y pasa a centrarse en la práctica psicoeducativa. La vía más adecuada es la prevención.

La prevención de los conflictos pasa por mejorar tanto los recursos materiales como los humanos, lograr un clima de aula y de centro positivo y por el compromiso de todos los miembros de la comunidad educativa.

2- La gestión del aula.

2.1-Cómo llevar a cabo una enseñanza eficaz.

Los requisitos necesarios para que el profesor enseñe de forma adecuada son:

- Adecuar las tareas a las aptitudes e intereses del alumno. Si se ofrecen propuestas atractivas e interesantes para el alumno aumentará su motivación por el aprendizaje.
- Supervisar y controlar el proceso de aprendizaje. Hay que evaluar para comprender por qué no se logran los objetivos académicos y, a partir de allí, entrenar al alumno en nuevas estrategias de aprendizaje, modificar la metodología, ofrecer al alumno diferentes tipos de actividades que le ayuden a superar sus lagunas.
- Mantener un ritmo de aprendizaje correcto. A veces, los alumnos se quejan de exceso de información ofrecida durante una sesión. El exceso de información dificulta la comprensión de la misma. Así sólo se logrará que se desenganchen del aprendizaje. Si se mantiene un ritmo correcto se aprovecha mejor el tiempo efectivo de aprendizaje, ya que no hay que dedicarlo a aclaraciones innecesarias y se mantiene, al mismo tiempo, al máximo de alumnos implicados en las actividades.
- Solucionar los problemas que se plantean durante el proceso de enseñanza aprendizaje. Hay que orientar al alumno a descubrir sus errores y a buscar soluciones alternativas. Adecuarles la tarea propuesta es algo que mejorará su atención y les facilitará la comprensión de lo explicado.
- Determinar claramente los objetivos instruccionales de cada sesión. Decir a los alumnos lo que se va a realizar en la clase y la utilidad que estos contenidos tienen no sólo les hace más atractiva la tarea sino que además favorece sus procesos cognitivos porque recuperan de su memoria parte de la información relativa a los contenidos que se van a abordar.

El supuesto básico que manejan la mayor parte de los estudiosos del tema de la disciplina es que cuando el aprendizaje resulta atractivo, posee un grado de dificultad tolerable y se cuenta con el apoyo del profesor cuando es necesario, no se presentan problemas de disciplina.

2.2-Cómo planificar la disciplina.

El profesor debe reflexionar sobre las características de su grupo así como determinar que tipo de normas cree necesarias y prever las posibles situaciones de indisciplina a las que se tendrá que enfrentar seleccionando posibles estrategias de intervención.

Al establecer las normas de clase es aconsejable recurrir a la negociación de las mismas con los alumnos. En ningún momento esto significa que el profesor renuncie a su labor de educador y líder. Las normas han de ser pocas, realistas, claras, adaptadas a los alumnos y redactadas en términos positivos siempre que sea posible.

Es importante mantenerse constantemente alerta ante las incidencias de la clase. El profesor tendrá más posibilidades de resolver el problema si lo aborda cuando éste se inicia.

Es muy útil informar durante el primer o primeros días de la clase de las normas que van a regir las interacciones entre todos los miembros de la clase.

No hay mejor inversión que dedicar los primeros días a sentar las bases de la convivencia.

El trabajo en equipo de los profesores que intervienen en cada aula, con jefatura de estudios, con orientación... es fundamental para seguir pautas comunes y siguiendo esta línea las posibilidades de reducción de los conflictos y afrontamiento sistemático de los mismos son mucho mayores.

3- Estrategias para enfrentarse a amenazas concretas al control de la clase.

3.1- Groserías.

La insolencia puede traducirse en una expresión verbal o en un descaro estúpido. ¿Cómo debe reaccionar el profesor?

No deberá dejarse llevar por la cólera porque reduce la capacidad de actuar objetivamente. Además indica al niño que su conducta ha hecho mella en el profesor y que éste se siente tocado: justo lo que pretendía. Esto supone un refuerzo para el alumno y quizá para los compañeros. Cualquier castigo que el profesor imponga será soportable por el simple placer de haber logrado hacerle perder la paciencia.

Tras mantener los nervios templados, el segundo paso será que la medida a tomar deberá aplicarse con rapidez y tener carácter decisivo. Cualquier vacilación del maestro contribuirá a reforzar la posición del alumno infractor. Replicará directamente al niño, asegurándose de hacerlo con brevedad y yendo al grano, sin dejar resquicio para que éste se enzarce en un largo intercambio de acusaciones y contraacusaciones. Cuando estime que la conducta merece un tratamiento más detenido, le indicará bruscamente, sin indicarle la razón, que quiere hablar con él al terminar la clase, reanudando acto seguido la lección.

El profesor puede decidir ignorar la observación del alumno o su descaro estúpido. Sin aparentar ni siquiera haberse dado cuenta de su comportamiento, se volverá hacia otro lado y seguirá con la lección.

Siempre habrá una minoría experta en llamar la atención de los demás y de molestar al maestro, que insistirá en una pregunta tonta, haga lo que haga el profesor y que la repetirá alterando el buen desarrollo de la clase., hasta que el profesor se dé por enterado. Es lógico que éste se sienta entonces tentado a responder con grosería o con alguna observación sarcástica (“Yo creía que sabías por qué”, “Vaya, y yo que pensaba que ya eras capaz de ver lo que habías hecho mal”). Hay que evitar estas trampas. No resulta una actitud muy coherente o provechosa llamar la atención a alguien por su grosería y luego caer uno mismo en una falta parecida ante todos. Aparte de que esta actitud invita a una mayor grosería como respuesta. La respuesta correcta sería: “Si te paras a pensar encontrarás la respuesta a tu pregunta”, indicándole así que la pregunta era totalmente innecesaria y sin poner en duda la capacidad del alumno para hallar la contestación correcta. El alumno no se sentirá entonces atacado por la observación del maestro ni tendrá necesidad de replicarle.

Si se considera que no es lo suficientemente grave como para perder el tiempo al final de la clase hablando del tema con el alumno, se evitará mencionar el término grosería. Un comentario rápido como, por ejemplo: “Esta ha sido una observación tonta y si la hubieras pensado antes un poco, no la habrías hecho”, es suficiente. Y, si de hecho repite, siendo otra vez grosero, lo que hará es demostrar a sus compañeros esa falta de raciocinio que se había supuesto que tenía.

Cuando se ordena a los alumnos que esperen al final de la clase, por alguna grosería o alguna otra mala conducta, es contraproducente dirigirse a ellos con ademán de enojo pidiéndoles una explicación por su comportamiento durante la lección. El alumno entonces se mantendrá callado tercamente por mucho que el maestro insista en sus preguntas o en sus amenazas con terribles castigos. Se refugiará en negativas o evasivas. Una estrategia mucho más efectiva es volverse al niño una vez que el aula haya quedado vacía y sonreírle amistosamente. La sonrisa le desarmará, pues se habrá preparado mentalmente para la confrontación prevista, quedando ligeramente desconcertado y, por tanto, mucho más accesible a la influencia del profesor. Y, lo que es más importante, indica al niño que no tiene intención de considerar sus relaciones en el futuro en términos de una hostilidad mutua. Una vez creado ese ambiente, el profesor puede decir, por ejemplo: “Sabes perfectamente que ésa no ha sido una conducta muy inteligente por tu parte. No me parece oportuno, pues, que entremos en mayores detalles, ¿verdad?”. El chico podrá responder simplemente que está de acuerdo y convenir con el profesor en que mejorará de conducta la próxima vez. Sería una buena política que, en vez de dar por concluida la entrevista inmediatamente, el maestro tratara de reforzar el valor de esa relación, ya más amistosa, cambiando de tema e interesándose por una actividad (escolar o extraescolar) en la que sepa que el niño destaca: “La profesora _____ me dijo el otro día lo mucho que le ayudaste en...” “...lo bueno que eres en...” o “...lo interesado que estás por...”. Estos comentarios surten un magnífico efecto porque el profesor está demostrando al alumno que siente interés por el alumno.

De ser la grosería algo habitual y se ha intentado antes las estrategias anteriores, es evidente que el problema rebasa el radio de acción de un solo maestro y se proyecta como asunto que afecta a todo el colegio. Ha llegado el momento de adoptar una política coordinada de todo el profesorado en relación con el alumno. La recopilación de la información disponible, la comunicación de las estrategias aplicadas con aparente éxito por algunos compañeros y un planteamiento común de las relaciones futuras con ese alumno resultarán esenciales, siendo entonces necesaria la intervención directa del jefe de estudios.

3.2-Desafíos.

El alumno ha lanzado un desafío directo a la autoridad del profesor, ¿cómo va a reaccionar? El profesor se da cuenta, con perfecta intuición, que es mucho lo que se juega en ese momento. Un fracaso en el enfrentamiento debilitará sensiblemente su posición en la clase.

Un profesor prudente poseerá la habilidad de evitar este tipo de incidentes. La prudencia desaconseja plantear demandas impracticables. No se exigirá a los alumnos que cumplan con su trabajo en un tiempo absurdamente corto o que persigan un nivel prácticamente inalcanzable. Un chico que se encuentre de mal humor no debería participar en ciertas actividades en un momento inoportuno, como leer en voz alta, responder a preguntas en clase o salir a la pizarra. Mientras pasa a su altura, el profesor dirá al alumno remiso, mirando a la tarea sin comenzar, que tendrá que apretar mucho para recuperar el terreno perdido. Luego, cuando la clase abandone el aula, se lo llevará aparte y el preguntará si le pasa algo. Si la respuesta es negativa, el profesor no insistirá más, limitándose a observar que todos pasamos por horas bajas.

En el caso de que el alumno no quiera hacer lo que se le ha pedido, sin levantar la voz el profesor repetirá la orden con educación y esta vez el alumno (que estaba esperando quizá un enfrentamiento) es posible que opte por abandonar su actitud y obedecer. Si persistiera en su negativa, el profesor le preguntará el motivo. Tal vez la respuesta que reciba contenga cierta justificación inesperada, en cuyo caso reconocerá la circunstancia manifestando su ignorancia del hecho y dejando las cosas como estaban. Nadie habrá perdido la cara, y el profesor habrá demostrado su ductilidad ante la clase. Por otra parte, si el alumno no ofrece una justificación aceptable, aquél replicará: “Bien ya veo que no quieres hacerlo. A todos nos ocurre algunas veces. Pero esto que te pido es importante y, por eso, me gustaría que, a pesar de todo, colaboraras”. El chico podrá entonces someterse a sus indicaciones sin perder el tiempo, y habiendo expresado ya su parecer, se mostrará dispuesto a cooperar. Al mismo tiempo, reconocerá que el profesor ha dejado la puerta abierta a un entendimiento y se sentirá posiblemente agradecido. Nadie se ha enfadado ni ha puesto su prestigio en juego en ese trato.

Si el alumno sigue, no obstante, negándose el maestro podrá seguir dos caminos. Uno es encogerse de brazos y contestar que tendrá que ir ambos a ver al jefe de estudios al final de la clase. La segunda consiste en un enfrentamiento directo con el alumno. En ese caso, el profesor estará arriesgando mucho para conseguir obediencia, y si arriesga tanto, deberá estar seguro de su victoria. Un fracaso dañaría su autoridad. También en este caso resulta desaconsejable proferir una amenaza severa de un castigo

incorrecto. Si la negativa persiste, se le comunicará que tendrá que ver al jefe de estudios o encargar a otro alumno que vaya a buscar a aquél. En este caso, el jefe de estudios conocedor de la existencia de un alumno tan conflictivo, habrá expresado anteriormente su acuerdo con la iniciativa del profesor. Mientras viene el jefe de estudios, el profesor evitará una confrontación visual con el alumno, pues cargaría más el ambiente de la clase, y seguirá adelante con sus explicaciones en el punto en que las dejó. Bastante tiempo ha perdido ya con el alumno y hay que reanudar la clase.

Los enfrentamientos de este tipo son raros. El quid de la cuestión consiste en averiguar el motivo de esta beligerancia. ¿Esta llamando la atención?, ¿cree que tiene algo que demostrar a la clase o a él mismo?, ¿está tratando de ocultar un sentimiento de incapacidad para resolver las tareas?, ¿posee algún motivo que explique su animosidad hacia el profesor?, ¿hay problemas en su casa que traslada al ámbito escolar? Sea cual sea la razón, una vez descubierta será más fácil tratar con esos individuos.

Hay que aprovechar las oportunidades para llegar a conocerlos mejor. Las conversaciones informales mientras los alumnos ayudan al profesor en ciertas tareas, en la hora del recreo...pueden resultar muy valiosas. Constituyen una oportunidad para conocer mejor al alumno y para que el profesor le aclare que la obediencia en clase no es una forma de imponerse a los alumnos, sino algo vital si se pretende que un aula con 25 o más alumnos funcione con éxito y saque provecho del trabajo académico a realizar.

3.3-La dimensión acción.

Previamente se han establecido las normas de clase y sus consecuencias con la participación del alumnado (contrato social). Los métodos, aunque no se haya elaborado el contrato social en el aula siguen siendo útiles con alguna modificación, para aplicar las consecuencias serán:

1- No sermonear.

Cuando un alumno ha roto el contrato, la acción es necesaria. Hay que ser claro, conciso y usar pocas palabras cuando se realiza una consecuencia. Es importante que el profesor no sonría o que de ningún modo pueda hacerle pensar al alumno que no le habla en serio. Sin embargo, no conviene ponerse demasiado serio, de modo que el niño le vea como hostil o agresivo.

2- No negociar.

Muchos alumnos intentarán encontrar una disculpa o culpar a otro alumno para ponerle en un compromiso. Cuando se ha violado una regla, no es momento para negociar ni resolver el problema, discutir o cosa parecida. Hay que decirle que no es el momento de discutir o de disculparse, pero hay que darle la opción de que discuta el asunto en otra ocasión.

3- Ubicar al alumno o alumna “díscolo/a” en un lugar donde no tenga muchas posibilidades de continuar con su actitud y esté más controlado por el profesor o profesora.

3- No culpabilizar, sino ser objetivo y actuar con respeto al alumno.

La crítica, de hecho, alimenta el resentimiento del alumno y confirma su creencia de que los adultos son injustos y quieren “pillarles”. La mayoría se sentirán más responsables de lo que hacen si se les trata de tal modo que no se culpa. Después de todo, el sistema de contrato social se ha desarrollado con su cooperación y, por tanto, tiene una probabilidad alta de ser efectivo. Nosotros encarecemos al profesor que simplemente diga de un modo directo lo que ha violado la regla y cuáles son las consecuencias. Le urgimos a que evite culpar, sermonear o discutir con el alumno. Debe enfrentarse al alumno de un modo firme pero con calma en su tono de voz, de forma que evite avergonzar al chico frente a la clase. Sus frases deben ser dichas silenciosamente, de modo que ningún otro alumno pueda oír su conversación con él.

Usar primero la consecuencia más insignificante. Guardar la “artillería fuerte” para más tarde. Algunos profesores y alumnos se sienten mejor con las consecuencias secuenciadas. Esto deja menos espacio para la opinión del profesor, puesto que en el contrato social ya se especifica lo que pasará la primera vez, la segunda vez, etc.

Las consecuencias están pensadas para manejar situaciones de indisciplina cuando se produzcan. Mañana será otro día. Hay que empezar de nuevo cada día.

4-La reivindicación del pacto y otras componendas.

4.1-Conflictos. ¿Qué cosa son los conflictos?

El conflicto es algo intrínseco a la convivencia. Convivir produce errores, y éstos pueden ser de diversa naturaleza y gravedad.

Ahora bien, conflicto no es necesariamente sinónimo de indisciplina. Un conflicto se produce cada vez que hay un choque de intereses. Sin embargo, este conflicto entre personas civilizadas puede dar lugar a un enriquecimiento mutuo, si cada una de las personas enfrentadas cede un poco de terreno: reconoce no tener toda la razón, acepta la legitimidad de los intereses del otro, busca primar los puntos de acuerdo que permitan un consenso.

Los comportamientos disruptivos, graves, obedecen simplemente a un intento de imponer la propia voluntad sobre la del resto de la comunidad. Si se trata de un alumno, decimos que es difícil, indisciplinado, caracterial... Si se trata de un profesor, decimos simplemente que es autoritario.

Por indisciplina entendemos también las actitudes o los comportamientos que van en contra de las reglas pactadas, de las normas que el centro educativo ha adoptado para educar e instruir. Muy a menudo el problema consiste en que no hay tales normas, que el centro funciona de acuerdo a un código no escrito que sólo conocen unos cuantos, que no se divulga entre el profesorado o los alumnos y las familias que se incorporan... Y que sólo se echa mano de él (reglamento, consejo escolar, o lo que sea) cuando puede esgrimirse como un instrumento represivo.

4.2-¿Qué sabemos de lo que sucede en nuestro centro?

Procuremos obtener un conocimiento objetivo y sistemático de lo que sucede en nuestro centro. Sabemos perfectamente que los lugares donde se producen más conflictos son los espacios comunes: entrada, pasillos, escaleras, comedor, patio. Observemos, pues, qué sucede:

- Qué comportamientos problemáticos.
- Qué alumnos y alumnas se comportan así.
- A partir de qué edades o niveles empiezan.
- Cómo reaccionan los compañeros que no adoptan la misma actitud.
- Qué dice al respecto el reglamento de régimen interior.
- Averigüemos si estos alumnos conocían esa prohibición.
- Establezcamos una estrategia (de centro, con todos los profesores afectados) a corto, medio, largo plazo para combatir esos comportamientos. ¡No vale la represión pura y dura, esto es un centro educativo!
- Revisemos los objetivos que nos hemos planteado, no seamos demasiado ambiciosos.
- Las estrategias son muchas y variadas. Es obvio que debemos pactar cómo vamos a comportarnos en función de unos objetivos claros (convivencia, respeto mutuo, etc.). Que vamos a establecer unas normas sencillas, comprensibles, positivas, etc.
- Y mientras llega el momento de valorar los resultados. Armémonos de paciencia. Los comportamientos sólo se modifican a largo plazo.

Una vez elaboradas estas secuencias, deberíamos tener el valor de sustituir al protagonista, y allí donde pone alumno o alumna, poner profesor o profesora, conserje, padre o madre... Porque es evidente que también nosotros nos comportamos de manera deficiente, contravenimos las normas, somos causa de conflicto, etc. Y para que haya verdadera disciplina, no puede haber más excepciones que las pactadas por toda la comunidad.

Además tenemos una tendencia cada vez mayor a adoptar una posición “funcionarial” ante un problema o conflicto: “Ese es un asunto del equipo directivo”. “Si se ha producido a mediodía, o en el comedor, o en la entrada, no es hora lectiva y por tanto no es cosa mía”.

4.3-Una migajas de optimismo.

Estamos muy lejos de tener que instalar detectores de metales en los centros. Pero tenemos dos opciones: prevenir para que esto no suceda nunca o bien poner nuestras barbas a remojar.

Por ahora, el sistema educativo es la empresa más grande del país, con más de 25.000 centros, con más de 200.000 trabajadores y con varios millones de clientes. Esta macroempresa se pone en marcha cada septiembre, incluyendo casi todos los lunes del año, y hay un grado de conflictividad que podríamos considerar mínimo. ¡Toda una hazaña!

5-Las ganas de aprender: sugerencias para el educador.

En las investigaciones llevadas a cabo en 1990-91 por C. Ames y R. Ames se identificaron una serie de factores que contribuyen a la motivación negativa del alumnado. Estos son: la competición y comparación, evaluar públicamente, reforzar la habilidad en vez del esfuerzo, comunicar expectativas bajas, no permitir a los alumnos participar en las decisiones, poner excesivo énfasis en el éxito, mantener una condiciones de trabajo-aprendizaje pobres.

Estos autores para evitar los factores anteriores proponen las siguientes líneas generales de acción:

- 1- Reducir la comparación social: evitándola, reduciendo las evaluaciones públicas así como el énfasis en el éxito y en el fracaso.
- 2- Centrarse sobre el esfuerzo: enfatizando los progresos del alumno, haciendo ver que los errores y las equivocaciones son parte del aprendizaje, exigiendo un esfuerzo razonable.
- 3- Fomentar las creencias sobre la propia competencia: comunicando expectativas positivas, haciendo planes para la mejora y el logro.
- 4- Aumentar las posibilidades de éxito: proporcionando entrenamiento en destrezas, haciendo uso de los compañeros para tutorar a los demás, usando la instrucción individualizada cuando sea necesario.

6-Motivar al hijo o hija frente al estudio.

Si descubrimos que nuestro hijo no se valora, se siente poco capaz y está muy desmotivado, los padres debemos adoptar actitudes positivas y motivadoras:

- 1- Animarle y transmitirle la idea de que, si quiere, puede mejorar y progresar pero a base de esfuerzo y tesón y que cuenta con nosotros para adquirir esos hábitos de constancia.
- 2- Mantener ambos padres unidad de criterios al exigirle responsabilidades.
- 3- Estar atentos a valorar cualquier pequeño éxito o esfuerzo que realice el adolescente y hacer lo posible porque continúe en una línea de esfuerzo cada vez mayor y elogiarle los resultados que vaya teniendo.
- 4- Dialogar. El hecho de cambiar impresiones ha de estar siempre presente en las relaciones con los hijos. Nuestro hijo debe hablar y ser escuchado con plena libertad y sin ningún temor.
- 5- Compaginar la firmeza y la autoridad con la comprensión, tolerancia y cariño, especialmente con un joven que se siente desmotivado.
- 6- Ayudarle a proponerse esfuerzos y metas posibles y realistas, ni demasiado fáciles ni demasiado difíciles.
- 7- Transmitirle que nos interesa por sí mismo, y que le queremos independientemente de que sea un estudiante mejor o peor. La vida es bastante más que estudiar.
- 8- Mantener un control frecuente de sus actividades, trabajo y esfuerzos, pero siempre en una línea de animación y aliento; jamás con aire fiscalizador y de reproche.
- 9- Tener constancia en exigirle el cumplimiento de cuanto ha prometido y de sus obligaciones teniendo en cuenta su edad. Hay que exigirle esfuerzos continuados, pero sabiendo que tenemos que ceder en lo accidental y mantenernos firmes en lo que es fundamental.
- 10- Además los padres debemos estar en buenas y constantes relaciones con el colegio, la dirección y el profesorado, con el fin de lograr que entre todos se sumen las actitudes educativas que hagan posible la superación de los problemas y nuestro hijo o nuestra hija tenga una imagen más positiva de sí mismo o misma.

Los padres tenemos que desechar las siguientes actitudes:

- 1- Tener diferentes criterios entre ambos padres en cuanto a la línea educativa que ha de seguirse, de forma que el hijo no sabe nunca a que atenerse.
- 2- El autoritarismo, es decir, ser padres perfeccionistas, severos, rígidos y exigentes. Son los padres que piensan: “Los padres mandan siempre bien, nunca se equivocan, no dialogan y el hijo se calla y obedece”.
- 3- El sobreproteccionismo: “Pobre hijo, nunca tiene la culpa de nada, todo lo que le ocurre es porque los demás se portan mal con él”.
- 4- Mantener constantes disputas, insultos y descalificaciones y desavenencias familiares.
- 5- La permisividad. Son los padres que nunca dicen no, casi todo lo que hace el hijo les parece bien.
- 6- La inconstancia. Son los padres que hoy dicen una cosa y mañana otra. No son capaces de controlar al hijo durante mucho tiempo, enseguida lo dejan.
- 7- No aparecer nunca por el colegio, ni hablar con los profesores, ni interesarse por los resultados escolares, salvo vienen las calificaciones finales.
- 8- Descuido, indiferencia, pasotismo por las tareas y trabajos, así le damos a entender al hijo que no nos importa ni como persona ni como estudiante.

Bibliografía.

Apartados 1 y 2. Tomados de “Programa de disciplina en la ESO” Rosa Isabel Rodríguez y Carmen Luca de Tena. Ed/ Aljibe. Archidona (Málaga). 2001.

Apartados 3.1 y 3.2. Tomado de “La disciplina en el aula: control y gestión”. Fontana, David. Ed/ Santillana. Madrid.

Apartado 3.3. Tomado de “La disciplina en clase: enfoque tridimensional” Curwin y Mendler. Ed/ Narcea.

Apartado 4. Tomado de “Disciplina y convivencia en la institución escolar”. V.V.A.A. Ed/ Grao. Colección: Claves para la innovación educativa. Barcelona. 2000.

Apartado 5. Tomado de “Menores en desamparo y conflicto social” V.V.A.A. Ed/ CSS. Madrid, 1996. Capítulo 6: “La motivación educativa” de José Antonio Bueno Álvarez de la Facultad de Educación de la Universidad Complutense de Madrid.

Apartado 5. Tomada de la página Webb de la CEAPA.